

como tal, que como poeta, y que pudo llamársele

Theologus Dantes, nullius dogmatis expers.

Amó desde la niñez, como no ha amado ningún hombre; con un amor que mezcla el arrebatado de la pasión humana con la pureza del éxtasis angélico; e hizo de la mujer a quien amó el símbolo imperecedero del amor ideal, la personificación de la sabiduría y de la plegaria intercesora. Sintió las acometidas de la indignación y del odio tempestuoso; y a los hombres a quienes la braveza de la pasión le hizo ver como enemigos de la justicia o enemigos suyos los condenó al infierno. Sintió con hondísima ternura, con la ternura de su patrono y maestro queridísimo San Francisco, los primores y encantos de la naturaleza, y supo celebrarlos con regalados acentos. Tuvo un poeta favorito y le demostró su afecto entrañable haciéndolo

duca, signore e maestro

en el gran viaje de ultramundo. La fe, el amor y el dolor, los grandes motores, llenaron y explican su vida entera. Todos los sentimientos humanos vibraron en su alma con nunca igualada energía; y de tal modo que las vibraciones de esa alma necesitaron nada menos que un poema. Dió expresión definitiva a las más trascendentales ideas y a las emociones más profundas en estrofas de concisión desesperante, densas de sentimiento, grávidas de sentido, rebosantes de espíritu. Su poema es un prodigio de arquitectura y de armonía:

This poem of the earth and air,
This mediaeval miracle of song,

le ha llamado Longfellow, su insigne admirador e intérprete. Y esa soberbia catedral gótica remata, como todas las de la Edad Media, con la imagen suplicante de María, la soberana intercesora,

Vergine madre, figlia del suo figlio,
Umile ed alta più che creatura,
Termine fisso d'eterno consiglio.

Rafael representó a Dante entre los doctores del sacrosanto dogma eucarístico: los mayores artistas han reproducido a porfía sus figuras; una legión de eruditos y sabios, desde Bocaccio y Benvenuto de Immola hasta Carlyle, Macaulay, Ozanam y Longfellow, y de ellos hasta los incontables de estos últimos días comentan sus libros y desentrañan la doctrina de ese venero inagotable; forman su cortejo de honor poetas como Alfieri, Byron, Leopardi, Pellico, Zannella y Núñez de Arce.

¿Podía la noble Colombia, la intelectual, la idealista, la católica Colombia, faltar en el concierto de homena-

jes al gran genio latino, al emperador de los poetas y de los artistas? La ciudad de Bogotá, la que ha visto reunidos en su seno a Vergara y Vergara, Cuervo, Caro, Pombo, Ortiz, Mallarino, Marroquín, Fallón, Núñez, González Manrique, Caycedo Rojas, Carrasquilla y otros ingenios parecidos a éstos, fiel a sus tradiciones de cultura y gentileza, aspira a levantar dentro de su circuito, y Dios mediante lo levantará por suscripción nacional, aunque ninguna ley lo decrete, como Colombia lo quería y hubiera cuadrado al nombre de la República, un monumento al poeta soberano, al poeta teólogo, al amante de Beatriz; y mientras lo ejecuta, coloca una losa conmemorativa en esta casa edificante para hogar de la intelectualidad colombiana. El señor y dueño de casa en ésta que pertenece a la Academia de la lengua de Castilla, es el ingenioso hidalgo don

Miguel de Cervantes Saavedra. espejo de la caballería y de la caballerosidad y fino amante de Italia, donde sirvió como buen soldado y a quien debió, como los demás grandes poetas de nuestro Parnaso, mucho de su cultura literaria.

Hermanas son, y muy parecidas en belleza, donaire y suavidad de voz, la lengua del Dante y la de Cervantes, y ellos dos muy cercanos parientes en la familia del genio. Es, pues, don Miguel de Cervantes quien franquea el salón de su casa para que en él se instale este trono de mármol; y él mismo quien escribe en su pedestal estas «palabras breves y significantes» que una ley debiera haber dicho:

COLOMBIA A DANTE ALIGHIERI

Bogotá, 14 de setiembre de 1921.

(Cromos, Bogotá).



DANTE

Según el Giotto